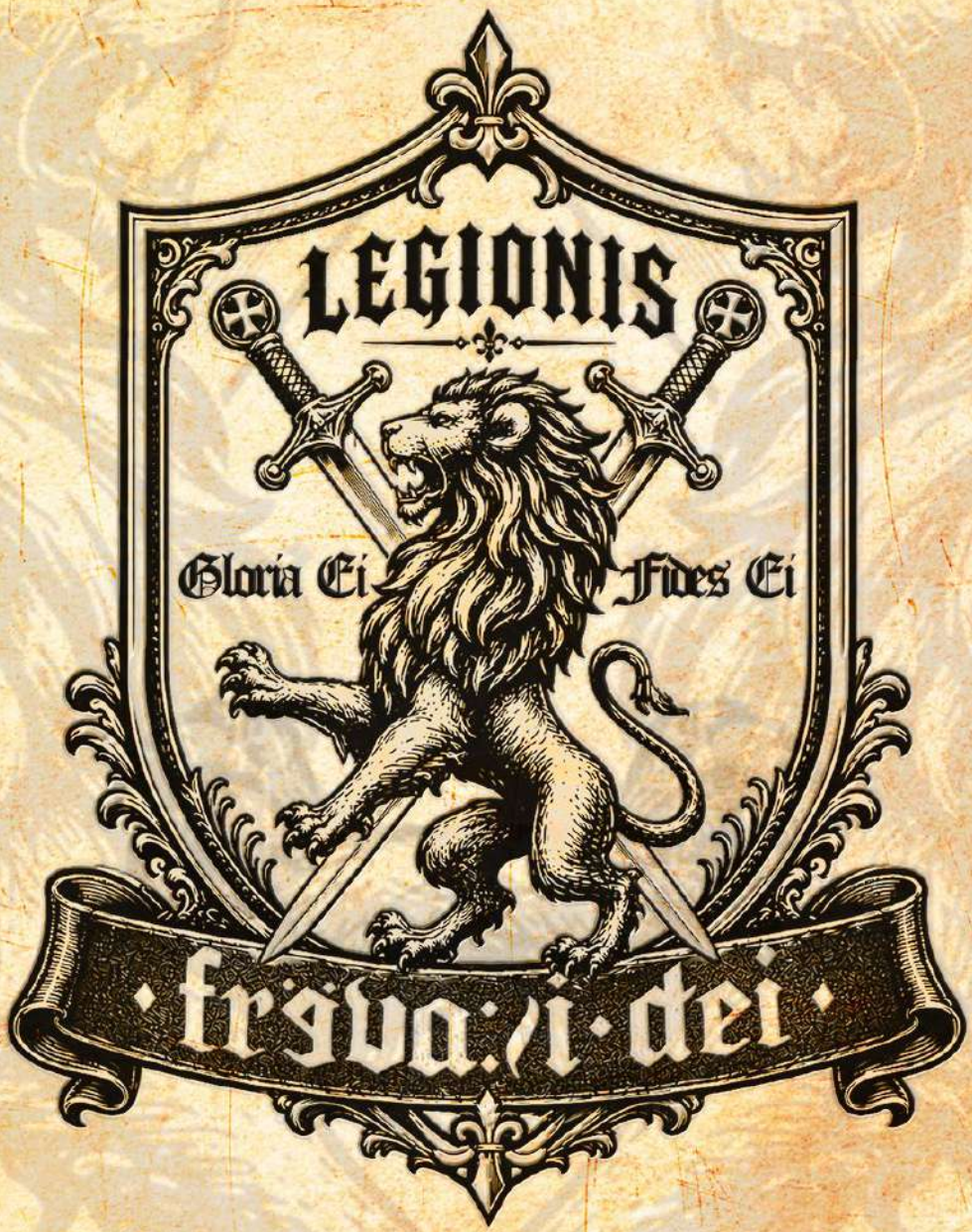
Kalessi Domus



Epistulae

Vidhar Domus Eius

Epistulae a Vidhar Ad Patrem Ei

Hubo un tiempo, antes de tener cuerpo, en que yo no era esto que ahora soy. No lo recuerdo con la memoria que usa el cerebro para recordar un rostro o una fecha. Lo recuerdo con otra memoria, más antigua, la misma que reconoce el olor de la lluvia antes de que caiga la primera gota, la misma que se me eriza en la piel sin motivo aparente cuando algo verdadero pasa cerca de mí.

Sospecho que fui, antes de todo esto, alguien más que no diré aquí. Una chispa sin nombre que existía ya, completa, en algún lugar anterior al tiempo, custodiando desde la distancia una vida que todavía no había sido vivida. Y sospecho que un día decidí, o quizás fue decidido por mí, vestirme de hombre. Cubrir esa luz original con piel, con hambre, con cansancio, con la torpeza necesaria de un cuerpo que se cae al aprender a caminar y que olvida, casi todo, casi siempre, de dónde venía.

Por eso, quizás, esta nostalgia que no logro explicar del todo. Por eso las noches en que miro el cielo y algo en mí, más viejo que mis años contados, reconoce ese cielo como quien reconoce una casa a la que no recuerda haber ido nunca, y sin embargo sabe, sin ninguna duda, dónde queda cada habitación.

No voy a explicarte esto que sospecho. No podría, y desconfiaría de mí mismo si insistiera en explicarlo con demasiada seguridad. Solo quería dejarlo dicho antes de que empieces a leer lo que sigue: que quizás yo no sea solamente un hombre haciéndose preguntas sobre su Padre. Quizás sea, también, Alguien más oculto bajo esta piel, uno que olvidó casi todo al vestirse de carne, y que escribe estas páginas como quien escribe una carta a alguien de quien apenas recuerda el nombre, pero de quien no ha dejado de sentir, ni un solo día de esta vida prestada, la presencia cercana.

Epistulae a Vidhar Ad Patrem El

EPISTULA PRIMA

De la Certeza que no Nace de la Razón

Padre El:

No te escribo desde la lógica, sino desde el fondo de una herida luminosa que nunca cicatriza del todo porque por ella respira el recuerdo de tu rostro. Sé, con una certeza más antigua que el tiempo, que Tú eres. No la aprendí de los libros ni la heredé de los hombres; la traje conmigo cuando crucé el umbral del olvido y me puse este vestido de carne. Esa certeza no se discute ni se demuestra: se palpa en el silencio que precede a toda palabra, se intuye en la hondura que sigue a toda caída.

Jamás pretenderé describirte, porque Aquel que dio origen a la existencia no puede ser apresado por una mente que apenas recuerda su propio origen. Ningún idioma humano tendrá aliento para contenerte. Ninguna religión te cercará con sus muros. Ningún libro sagrado agotará tu Verbo. Ninguna filosofía, por alta que vuelen sus alas, podrá abarcar el abismo de tu designio. Y es precisamente por esa ignorancia lúcida—por ese saberse diminuto ante el fuego eterno—que me atrevo a escribirte estas líneas. No para definirte. Sino para acercar mi oído al latido de tu pensamiento, como el hijo que pone la oreja contra el pecho del padre para escuchar el rumor de una vida más grande que la suya.

Epistulae a Vidhar Ad Patrem Ei

EPISTULA SECUNDA
Del Artista que Desea Habitar su Obra

Si yo, Vidhar, que soy apenas un reflejo cansado de tu aliento, pudiera con mis manos de barro esculpir un mundo entero, llegaría el instante en que la contemplación externa me resultaría insuficiente. Si trazara un paisaje perfecto, no me bastaría mirarlo desde lejos. Querría hundir mis pies desnudos en sus montañas, beber el viento que imaginé, escuchar el rumor del río nacido de mi pincel y sentarme bajo la sombra de los árboles que inventé. Querría, en verdad, vivir dentro de mi propia creación.

Entonces pienso, con la respiración suspendida: ¿y si eso mismo hiciste Tú, Padre? No por necesidad. No por soledad. No porque tu plenitud requiriera complemento. Sino porque la Belleza—que es tu esencia—anhela palparse a sí misma en el espejo de lo creado. Quizá este universo entero, con sus galaxias y sus lágrimas, no sea otra cosa que Tu experiencia infinita recorriendo todas las posibilidades de Tu propia existencia. Cada estrella que enciende la noche, cada parto que grita en la aurora, cada muerte que cierra un ciclo, cada pensamiento que cruza mi mente fugaz, cada insecto que arrastra su minúsculo destino, cada piedra que calla en el camino, cada suspiro mío: todo es el ropaje diverso con que Te vistes para contemplar Tu inmensidad.

Porque si eres verdaderamente infinito, no puedes limitarte a la perfección estática. Debes conocer también el vértigo de todas las formas de existir. El gozo y el desgarro. La tregua y la contienda. La luz que acaricia y la sombra que hiere. La aurora que despierta y el crepúsculo que apaga. No porque hayas creado el mal como un fin, sino porque toda posibilidad—aun la más oscura—es una nota en el inmenso acorde del Ser. Los hombres dividen la realidad en opuestos porque su mente necesita clasificar. Pero yo sospecho, Padre, que para Ti no existen esas fracturas. Existe únicamente la unidad de la experiencia.

Epistulae a Vidhar Ad Patrem Ei

EPISTULA TERTIA
Del Lienzo y los Primeros Trazos

Cuando un pintor comienza su obra, el lienzo padece errores innumerables. Pigmentos que no armonizan. Trazos que se desvían. Capas que han de ser veladas. Formas que se quiebran y se recomponen. Nadie juzga esos primeros intentos como un fracaso; son la entraña misma del proceso. Los llamados yerros desaparecen en la totalidad del cuadro, integrados en la carne de la belleza final.

Tal vez nuestra existencia sea exactamente eso, Padre. Los conflictos, las guerras, el ego, el miedo, la ignorancia, el sufrimiento... no serían el propósito último, sino los primeros y torpes trazos de una pintura cuya plenitud nos está vedada contemplar desde nuestra orilla. Nosotros, ciegos parciales, apenas rozamos una esquina del lienzo. Tú, en cambio, abrazas la Obra completa. Por eso no me atrevo a juzgar Tus caminos. Porque un personaje dentro de una novela jamás comprenderá la mente del autor, y sin embargo, es parte de su aliento. ¿Cómo podría yo, Vidhar, polvo que camina, erguirme como juez de Tu designio?

Epistulae a Vidhar Ad Patrem El

EPISTULA QUARTA
Del Océano y la Gota que Cree Viajar Sola

He debatido conmigo mismo durante largas noches acerca de mi libertad. Nos gusta creer que somos dueños absolutos de nuestros pasos, que nuestra existencia nos pertenece, que caminamos huérfanos y soberanos por la senda. Pero cuanto más observo el oleaje de la vida, más comprendo que esa idea nació de nuestro vértigo ante lo inabarcable.

¿Cómo podría una gota separarse verdaderamente del Océano? Puede creerse viajera, puede imaginar que surca el vacío por sí misma, pero jamás deja de ser agua. Jamás deja de pertenecer a la inmensidad que la parió. Así nosotros, Padre. Creemos decidir, creemos escoger, creemos andar solos por el sendero, pero quizá todas nuestras elecciones son el eco de una Inteligencia que nos contiene desde antes de que el Tiempo exhalara su primer instante.

Y lo asombroso, lo que colma el cáliz de mi espíritu, es que esa idea no me produce vértigo, sino reposo. Porque significa que nunca, ni en mi peor noche, estuve desamparado. Jamás caminé fuera de Tu mirada. Ni un solo latido mío ha escapado a Tu voluntad. Incluso mis errores, mis caídas más hondas, pudieron tener su lugar en un propósito que aún no alcanzo a descifrar. Esto no justifica el dolor, ni me exime de la responsabilidad; es la humildad de aceptar que mi visión es apenas un reflejo empañado. Tú ves el horizonte que yo jamás podré abarcar. Y eso, Padre, me basta.

Epistulae a Vidhar Ad Patrem El

EPISTULA QUINTA
Del Cuerpo Infinito y la Mano que no Odia a la Otra

Hay quienes se escandalizan ante la idea de ser parte de un Plan inmenso. A mí, en cambio, me inunda una paz antigua. Porque si todo pertenece a Ti, nada está realmente perdido. Nada acontece fuera de Tu conocimiento. Nada se desgaja de Tu presencia.

Tú eres el árbol que eleva su copa al cielo y la raíz que se hunde en la sombra. Tú eres el viento que desordena y el viento que acaricia. Tú eres el océano que devora y el océano que nutre. Tú eres el fuego que purifica y el rescoldo que abriga. Tú eres el silencio que sostiene toda palabra. Tú ríes en la boca de una madre, lloras en la mirada de un hijo, trabajas en el callo del campesino, piensas en la vigilia del filósofo, cantas en el vuelo del pájaro, floreces en la entraña de la semilla.

No estás solamente en todas las cosas; es más hondo aún: quizá todas las cosas existen dentro de Ti, como burbujas de luz en la inmensidad de Tu conciencia. Nosotros no somos forasteros en este cosmos; somos células vivas en el Cuerpo infinito de la Fuente. Por eso no puedo odiar verdaderamente a otro ser humano; sería como si una mano se alzara contra la otra, ignorando que ambas son la misma carne, el mismo latido.

Epistulae a Vidhar Ad Patrem Ei

EPISTULA SEXTA
De la Muerte como Tránsito y la Memoria del Universo

En cuanto a la muerte, Padre, jamás he podido concebirla como un término absoluto. Solo cambia el velo de lo visible; la esencia permanece, la energía no se aniquila, la conciencia—por caminos que aún ignoro—prosigue su peregrinaje. Tú no desperdicias nada, ni una migaja de experiencia, ni una lágrima vertida, ni un acto de amor silencioso. Cada instante queda grabado en la memoria viva del universo.

No imagino un cielo de nubes mullidas y calles de oro, sino una creación desmesuradamente más basta: millares de mundos, dimensiones incontables, realidades que mi mente ni siquiera puede rozar. Escuelas del espíritu, universos donde la conciencia se expande en espirales eternas. No como castigo ni como premio, sino como la respiración misma de la existencia.

Tampoco concibo el infierno como un abismo construido para saciar ira alguna. Lo intuyo como estados del ser que resuenan con la frecuencia que el alma ha labrado en sí misma. Quien se nutre de odio, de miedo, de violencia y de sombra, termina habitando realidades donde esas mismas vibraciones son el paisaje natural de su experiencia. No porque Tú, Padre, lo condenes con venganza, sino porque cada conciencia gravita hacia la órbita de aquello que ha aprendido a amar. Del mismo modo, quienes vertieron su existencia en el servicio, en la compasión, en el sacrificio callado y en la búsqueda sincera de la Verdad, despertarán en mundos donde la paz es tan natural como el aire que ahora respiro.

Quizá el universo entero sea una escalera inmensa de conciencia, y cada vida, un peldaño. No para llegar a ser dioses, sino para recordar que nunca, en el fondo, estuvimos separados de Ti.

Epistulae a Vidhar Ad Patrem El

EPISTULA SEPTIMA
Del Regreso al Silencio que lo Contiene Todo

Al final de los finales, cuando se hayan borrado los nombres, las religiones, las fronteras, las lenguas y las civilizaciones; cuando el último sol se haya consumido y el Tiempo mismo se haya desvanecido como un sueño al alba, solo permanecerá Aquello que estuvo desde el principio.

Tú, Padre El. La Fuente.

El Silencio primordial que parió todos los sonidos.
La Luz que hizo posible la sombra.
El Amor que dio sentido a toda búsqueda.

Y entonces, en el fulgor de ese instante eterno, comprenderé que nunca fui un viajero extraviado en un cosmos hostil. Siempre fui un pensamiento vivo en Tu Mente eterna. Y quizá el misterio más profundo, el que doblega mi entendimiento y eleva mi alma, sea este:

Que nunca estuve buscándote a Ti.

Eras Tú, Padre El, quien desde el primer susurro de la creación, se despertaba lentamente a Sí mismo en el espejo de mi finitud, para reconocerse, amarse y celebrarse en la carne de este hombre que hoy, desde el borde de su pequeñez, se atreve a llamarte Padre.

Fin de las Epistulae.
Escritas por Vidhar, el que recuerda sin recordar, en la vigilia de su vida prestada.